



*Bienaventurados los pobres en espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos.
Bienaventurados los que lloran, pues ellos serán consolados.
Bienaventurados los humildes[a], pues ellos heredarán la tierra.
Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, pues ellos serán saciados.
Bienaventurados los misericordiosos, pues ellos recibirán misericordia.
Bienaventurados los de limpio corazón, pues ellos verán a Dios.
Bienaventurados los que procuran la paz, pues ellos serán llamados hijos de Dios.
Bienaventurados aquéllos que han sido perseguidos por causa de la justicia, pues de ellos es el reino de los cielos.
Bienaventurados serán[b] cuando los insulten y persigan, y digan todo género de mal contra ustedes falsamente, por causa de Mí.
Regocíjense y alégrese, porque la recompensa de ustedes en los cielos es grande, porque así persiguieron a los profetas que fueron antes que ustedes.*

Mateo 5:3-12

BIENAVENTURADOS LOS MANSOS, PORQUE TENDRÁN EN HERENCIA LA TIERRA

¿Quiénes son los “mansos”? El término nos remite al Salmo 36 (37), en el que se traza detalladamente la figura y el comportamiento del manso. Es de este Salmo (v. 11) que Jesús retoma, casi literalmente, la tercera Bienaventuranza.

En el mismo Evangelio según san Mateo, el término “manso” regresa sólo tres veces y, en las otras dos (11, 29 y 21, 5) está referido a la persona de Jesús: la mansedumbre es entonces característica del ser y del obrar de Cristo, Él que es “manso y humilde de corazón”. A partir de Él la mansedumbre se derrama, impregna y llena los pensamientos, los sentimientos, los juicios y las acciones del discípulo y del cristiano. Es como si cada creyente del Evangelio fuese llamado a caminar en la senda de la mansedumbre, y a avanzar fatigosa pero tenazmente en esa dirección.

El manso es el que, como Jesús, hace emerger en su propia vida el rostro de Dios: un rostro bueno, sereno, intensamente próximo, que no se deja vencer ni despegar de nuestras

maldades, de nuestras indiferencias y traiciones. El rostro del manso traduce la mano extendida de Dios, Su corazón abierto, los abrazos extendidos que no se retraen frente a ningún rechazo, a ninguna ofensa y a ninguna inmundicia.

Los mansos son las “almas bellas” que vuelan, como palomas, sobre el diluvio de los conflictos, de las violencias y de las prepotencias humanas. El manso, discípulo del Evangelio, no es alguien que se ha retraído de la historia sino alguien que se ha “zambullido” en ella, es un inmerso en la vida, así como es, como todos. Pero es Él el verdadero valiente porque sabe estar en el sufrimiento y en la violencia, sin ceder y sin uniformarse.

Él es el verdaderamente fuerte porque no contrapone la fuerza contra la fuerza, sino que prefiere sufrir-la antes que infligirla. No busca su victoria sobre los otros, sino que busca la lenta, contrastada e inerte victoria del bien: cree hasta el fondo en el amor, no como un poeta sino como un profeta, no como un soñador sino como un testigo.

¡Por esto la ropa de los mansos se tiñe con frecuencia de rojo! Pero su sufrimiento, su apariencia humanamente derrotada y abrumada es lo que hace crecer el Reino de Dios, como la Cruz de Jesús; difunde el Evangelio en el mundo porque su camino de vida es como una arteria que riega el Evangelio en el cuerpo de la humanidad.

La mansedumbre es también un modo de estar dentro de la comunidad, de vivir la Iglesia: es el estilo que mantiene la unidad, no se deja abrumar por actitudes facciosas y pasiones partidistas, pone la co-munión entre los hermanos, es decir, la caridad, en el vértice, como valor supremo a construir y a servir. Todo esto sin renunciar a la verdad, a la profecía, a la corrección fraterna, a la franqueza y lealtad de las relaciones.

Es cierto que es muy difícil, pero es también estupendamente posible si en el corazón del discípulo, del cristiano, se vierte y vive la mansedumbre de Jesús, de Su palabra, de Su espíritu.

El don prometido es que los mansos “tendrán en herencia la tierra”. Es interesante el verbo, el cual no indica una conquista sino un don, el que el Padre hace al hijo cuando buscaba y deseaba vivir como hermano.

La “tierra” de la que se habla era originalmente (cfr. Salmo 36 (37)) la tierra de Palestina, prometida al pueblo de Israel; ella sufre luego una transfiguración, se convierte en una “tierra” simbólica: es la tierra del Reino de Dios, es decir, una vida compartida con Dios y con los hermanos, en la que se es “tierra” o “patria” los unos para los otros, porque se convierte en motivo de alegría, de paz, ¡se convierte en “cielo” el uno para el otro!

Es el fatigoso “cielo” de aquí abajo a la espera del de allí arriba.

Mons. Mansueto Bianchi
Asistente ecclesial del FIAC, biblista



EL HOMBRE DE LAS OCHO BIENAVENTURANZAS

Beato Pier Giorgio Frassati



La celebración de hoy nos invita a todos a acoger el mensaje que Pier Giorgio Frassati transmitió a los hombres de nuestro tiempo, sobre todo a vosotros, jóvenes, deseosos de ofrecer una contribución concreta de renovación espiritual al mundo nuestro, que tal vez parece alejarse y languidecer por falta de ideales. Él proclama, con su ejemplo, que es “dichosa” la vida llevada en el Espíritu de Cristo, Espíritu de las Bienaventuranzas, y que sólo el que se hace “hombre de las Bienaventuranzas” consigue comunicar a los hermanos el amor y la paz. Él afirma que vale la pena sacrificarlo todo por servir al Señor. Da testimonio de que la santidad es posible para todos y que sólo la revolución de la caridad puede encender en el corazón de los hombres la esperanza de un futuro mejor.

Sí, “grandes son las obras del Señor... aclamad al Señor tierra entera” (Sal 66, 1-3).

Los versículos del salmo, que resuenan en la liturgia de este domingo, son como un eco vivo del alma del joven Frassati. ¡Pues sabemos lo mucho que amó el mundo creado por Dios!

“Venid a ver las obras de Dios” (Sal 65/66, 5): también es esta una invitación que se recoge de su joven alma y se dirige de modo particular a los jóvenes. “Sus admirables proezas en favor de los hombres” (ib).

¡Admirables proezas en favor de los hombres! Es necesario que los ojos humanos, -ojos jóvenes, ojos sensibles- sepan admirar las proezas de Dios, en el mundo externo y visible. Es necesario que los ojos del alma sepan dirigirse de este mundo externo y visible al interior e invisible: y así puedan desvelar al hombre esas dimensiones del espíritu en las que se refleja la luz del Verbo que ilumina a todo hombre (cf. Jn 1,9).

En esa Luz obra el Espíritu de verdad.

HOMILÍA DE SS JUAN PABLO II EN LA SOLEMNE MISA
DE BEATIFICACIÓN DEL SIERVO DE DIOS PIER GIORGIO FRASSATI -20 DE MAYO DE 1990



A mí siempre me gusta asociar las Bienaventuranzas con el capítulo 25 de Mateo, cuando Jesús nos presenta las obras de misericordia y dice que en base a ellas seremos juzgados.

Les invito por ello a descubrir de nuevo las obras de misericordia corporales: dar de comer a los hambrientos, dar de beber a los sedientos, vestir a los desnudos, acoger al extranjero, asistir a los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos. Y no olvidemos las obras de misericordia espirituales: aconsejar a los que dudan, enseñar a los ignorantes, advertir a los pecadores, consolar a los afligidos, perdonar las ofensas, soportar pacientemente a las personas molestas, rezar a Dios por los vivos y los difuntos.

Como ven, la misericordia no es “buenismo”, ni un mero sentimentalismo. Aquí se demuestra la autenticidad de nuestro ser discípulos de Jesús, de nuestra credibilidad como cristianos en el mundo de hoy.

A ustedes, jóvenes, que son muy concretos, quisiera proponer que para los primeros siete meses del año 2016 elijan una obra de misericordia corporal y una espiritual para ponerla en práctica cada mes. Déjense inspirar por la oración de Santa Faustina, humilde apóstol de la Divina Misericordia de nuestro tiempo:

«Ayúdame, oh Señor, a que mis ojos sean misericordiosos, para que yo jamás recele o juzgue según las apariencias, sino que busque lo bello en el alma de mi prójimo y acuda a ayudarla [...] a que mis oídos sean misericordiosos para que tome en cuenta las necesidades de mi prójimo y no sea indiferente a sus penas y gemidos [...] a que mi lengua sea misericordiosa para que jamás hable negativamente de mis prójimos sino que tenga una palabra de consuelo y perdón para todos [...] a que mis manos sean misericordiosas y llenas de buenas obras [...] a que mis pies sean misericordiosos para que siempre me apresure a socorrer a mi prójimo, dominando mi propia fatiga y mi cansancio [...] a que mi corazón sea misericordioso para que yo sienta todos los sufrimientos de mi prójimo» (Diario 163).

PAPA FRANCISCO PARA LA JMJ CRACOVIA 2016

Escribanos a este correo electrónico
info@fiacifca.org o en Facebook (difundir la página!)
www.facebook.com/fiacyouthcoordination
o Twitter @infosf2015
www.catholicactionforum.org